

campo, llenos de brío y pujanza, y todos sin duda, todos, hubieran muerto como los griegos de Salamina.

México iba á ser la invicta Sagunto *que se hundió*.

Se hablaba de Leonidas, de las Thermópilas, de las dos Zagozas.

Hubo alguna vez quien hiciera alguna alusion al *raptó* de las sabinas por los romanos.

Todos sintieron en aquel momento que el furor circulaba por sus venas.

Cada cual creyó ver á su novia oprimida por los brutales brazos de algun zuavo robusto, grosero y maligno, ó de algun argelino de catadura y uniforme muy parecidos á los de los moros que se ven en los cuadros de «Matilde ó las Cruzadas.»

Momentos habia en los que el furor llegaba á su apogeo, y se oian puñetazos sobre la mesa, maldiciones, juramentos, el *chascar* de los vasos, como diria Zorrilla, y aquellos diez ó doce frenéticos bastaban para parodiar el amenazante ruido de todo un tumulto.

Entre las doce de la noche y la una de la mañana, el furor y la excitacion cedian el campo á la postracion consiguiente.

El beleño iba apoderándose de aquellas facultades.

El ruido decrecia gradualmente.

Unos dormitaban allí mismo;

Otros se iban retirando paulatinamente.

Las altas horas de la noche eran un calmante para aquellos cerebros.

La frescura de la calle hacia ver casi todas las cosas de una manera enteramente *modificada*, por decirlo así.

El fuego de las almas y los vapores de los ponches *se iban* juntos.

Quedaban expeditos los elementos útiles y explotables:

La razon, el pensamiento, la idea, la conviccion.....

LXXXVI.

Antonio era de ellos.

Máximo tambien.

Pero ninguno de ambos participaba de los intempestivos y casi feroces arranques de la generalidad.

Entraban los dos en los ponches, pero no en las consecuencias.

Si en ellas hubieran entrado, las consecuencias les hubieran sido fatales como á nadie.

Porque los dos se encontraban en circunstancias excepcionales.

Como ninguno de los restantes, sin duda alguna.

Sí, porque se hallaban ambos enamorados de distintos objetos:

Uno, de una mujer;

Otro de un negocio.

Y en tales circunstancias no hubieran podido menos de *acalorarse*.

Y el calor, en todos los negocios de esta vida, es un mal dato para el resultado.

Esto es, tratándose del negocio;

Pero al tratarse de los negocios del corazon, esto es, de los sentimientos, *acalorarse* es dar toda la *prueba*.

El uno veia á su novia entre un millar de bolas de lotería.....

¿Saldria ella?.....

El otro apenas podia persuadirse de que su *negociacion* iria no mejor, sino lo mismo que antes.....

¿Tendria que hacer una inversion de negociaciones?

La duda es el peor de los tormentos.

¡Ni siquiera es un tormento determinado!!!

Máximo vacilaba en *realizar* de un modo intempestivo y violento.

Y tenía acaso que hacerlo.

¡Sin duda iba á ser preciso!.....

Núñez aprovechaba la oportunidad que le presentaban las circunstancias públicas, para extorsionar al pueblo con gabelas é impuestos de todo género.....

(No se olvide que Núñez, en aquella época, era esa especie de entidad, cajero de la República, que se llama buena y decorosamente:

«Secretario de Estado y del despacho de Hacienda.»)

Esto era Núñez entonces:

Despues, fué *otra cosa*.

A Máximo le preocupaba en extremo el temor de que los esbirros entraran cada cinco minutos á pedirle «la boleta de las fortificaciones.»

Aquel expendedor de obscenidades y embustes no queria ser molestado para nada.

Hacia pocos dias que habia tenido que satisfacer una multa.

Esto era grave.....

¿Qué le importaban á Máximo las agonías de la República?.....

Habia cerrado su comercio.

Se decia «arruinado.»

Se habia puesto en el bolsillo del chaleco seis águilas americanas de á 20 pesos.

Con esto iba á pasar la época de crisis.

Si le faltaba, *veria lo que se hacia*; pero se propuso resueltamente no tocar un centavo de sus fondos.

Tomaba, sin embargo, *ponche*, que jamás pagaba, afectan-

do una temperancia verdaderamente espartana, y «violada» en aquellas noches *por su carácter condescendente é incapaz de contrariar á tan buenos amigos*.....

LXXXVII.

Antonio se entregaba á otro orden de ideas.

Habia seguido procurando llegar á todo, á ser hombre de ideas, de orden.

Poseia algo. *Una nada*, como se dice de un modo no sé si hiperbólico ó vulgar.

Aquella *nada* estaba, digámoslo así, impuesta en la casa de comercio de Máximo, y despues de la clausura de dicha casa, depositada en su caja.

Como ya el lector debe de haberlo supuesto, ó podrá fácilmente recordarlo, Antonio debia el *algo* que aquella *nada* explicaba, á la munificencia de su buena suerte, que le expresó *lo bastante* á su favor por medio del código de *Birjan*.

Habia habido una *sota* muy *profunda*:

Despues un *rey* «á la puerta;»

Y Antonio habia consumado su primera *diablura* y tenido dinero.

El rédito no hubiera bastado hasta allí para alimentar á un caballo ó á un perro de Terranova.

Pero aquel rédito no se tocaba, á fin de que creciendo el capital, llegase á ser un recurso de porvenir.

Se tocarian otros recursos, porque Antonio hacia meses que estaba en *relaciones*, y tal situacion despedia de sí y del modo mas eficaz y natural, este consiguiente:

Que en materia de recursos, debia de tocarlos todos, absolutamente todos, sin excepcion.

En una carta de aquellas *relaciones* ó de aquella correspondencia, la novia le participaba sus temores mas serios de que la guerra que los franceses nos venian haciendo, levantara obstáculos ó cavase abismos en medio de aquellos *amoríos*, que tenían toda la apariencia de amores.

Antonio pensaba conciliarlo todo tomando parte en la refriega, y aquella especie de bicho de pluma, proyectó por la primera vez de su vida, en la mas singular metamórfosis.

De ave en cazador.

Pensó en que iba á necesitar convertirse «de la noche á la mañana» en esto que llamamos «un soldado;» y suspiró resignándose.

Antonio creia amar de tal manera á Piedad, que por llevar adelante sus delirios amorosos, se hubiera improvisado bailarín ó buhonero.

En aquellas relaciones intervenian hasta entonces el sentimiento y el deber de cumplir una palabra.

Antonio, por su parte, no habria querido faltar ni á uno ni á otra.

Le daba tristeza comprender que iba á lanzarse á la guerra guiado por *intereses particulares*.

Salia á cazar novia con el fusil al hombro: le parecia salir á una caza bien extravagante.

Pero se resignaba con la idea que antes hemos expresado, de conciliarlo todo.

En una de aquellas noches de *ponche y habladero*, y gritaría y desórden, Máximo le enseñó un telegrama copiado de su *puño y letra*.

Gonzalez Ortega avisaba al gobierno que los franceses se movian sobre Puebla, y que el negocio se iniciaba, como quien dice, seriamente.

Nuestro enamorado se propuso entonces dejarse caer de

cabeza en el porvenir, como quien se precipita desde un quinto piso.

De todas maneras, la cuestion era caer.

El caer bien, quedaba á la casualidad.

LXXXVIII.

Siguieron otros telegramas.

La situacion iba poniéndose terrible.

El general en jefe de *Puebla*, participaba ver acercarse extraños fulgores y nubes densas.

El ejército frances relampagueaba, tronaba.

Se acercaba como una nube.

Pronto lloveria granizo de plomo y de hierro.

Las poblaciones se distribuian estas tres cosas:

«Furor, *pánico*, esperanzas.»

Aquella lluvia iba sin duda á *arruinar* á la patria en general. A muchos cosecheros del porvenir en particular.

Máximo era uno de ellos. Antonio otro.

No quedaba, pues, tiempo que perder.

El asunto era de precipitarse, y se precipitaron ambos.

Esto es, los dos se lanzaron á la tormenta.

El mismo dia en que Puebla sucumbió, como sucumbe un gigante asesinado por un muchacho;

Como sucumbió Goliat á la pedrada de David, multitud de *entes* hubieran querido improvisarse *cueros*:

Otros almas, otros sombras, otros mucho otros nada.

Nuestros jóvenes, no teniendo otra cosa mejor que improvisarse, se improvisaron *comandantes de escuadron*.

Porque en México, y en ciertas circunstancias principalmente, todo el mundo se improvisa lo que quiere.

Marcharon llenos, si no de brío y denuedo, sí de esperanzas y de ilusiones, incorporados con uno de tantos grupos que siguieron al gobierno en el enorme trayecto de su peregrinación.

Llegó un momento en el que ambos vieron que sus elementos mas indispensables se agotaban.

La noche de su partida habian rayado en el mas vertiginoso entusiasmo.

—No nos separaremos jamás —decia Antonio.

—Jamás —respondia Máximo maquinalmente.

Y ambos espoleaban sus respectivos rocinantes.

Aquello era para recordar lo que se dice en *Capuletti*:

“; Oh sí, sí, la morte
O la vittoria
Co te-co te
Dividiró!.....”

La noche estaba magnífica, espléndida la luna, y sin embargo, Antonio empezó bien pronto á comprender que tenia demasiados inconvenientes la imposibilidad de unir las piernas, acostarse y dormir.

De momento en momento aquel inconveniente se aproximaba hasta el carácter de un verdadero obstáculo, y Antonio empezó á expresarse con *menos calor*, y despues menos.

El movimiento acompasado é igual que le imprimia *la andadura* de su tordillo, le llegaron á impacientar.

Muy pronto pasó de la impaciencia á la exasperacion.

Todo le parecia irónico, insultante, grosero.

Azotó fuertemente á su cabalgadura y le tiró violentamente de las riendas.

El desgraciado animal volvió la cabeza resoplando y enseñando su gran dentadura, como si sonriese burlándose.

Antonio lo apostrofó en los términos mas crueles y amargos. Momentos hubo en que dejó de apercibirse de que iba en el lomo de una bestia, y se *airó* razonadamente contra ella como si se hubiese tratado de un *cargador*.

El *zangoloteo* no cesaba.

El caballo inclinó demasiado la cabeza, y así continuó, sin dársele *un bledo* de aquel bilioso á quien llevaba encima.

El jinete bostezaba cada diez ó doce segundos, de un modo violento, sonoro, magnífico.

Hubiera dado un tesoro por poder juntar las piernas un solo momento.

Le parecia imposible el menor movimiento.

No se atrevió á encender un cigarro, ni á pasar de una en otra mano las riendas.

El frio era intenso.

El lomo de aquel animal llegó á tener proporciones agigantadas para el jinete.

Antonio llegó á enfriarse tanto y á experimentar un tan cruel *desencuadernamiento*, por expresarnos así, que hubo momentos de aquella noche, en los que al desgraciado le pareció que caminaba caballero en el Popocatepetl.

Eran aquella inmovilidad y tirantez las de un compás abierto y colocado sobre el lomo de un *diccionario* puesto de canto.

Era aquel un suplicio de tal naturaleza, que llegó á arrancar un

—*Ya está, ya está.....* —dirigido al tordillo, y cuya verdadera expresion, dichas tales palabras como lo fueron, maquina y dolorosamente, nos parece indescriptible del todo.

El jinete pedia misericordia al caballo porque andaba.....

Antonio se acordó del hidalgo manchego, y á pesar de sus sufrimientos, se rió como pudo

LXXXIX.

Aquel hombre, sin embargo, no pensaba ni remotamente desistir de su proyecto:

¡Mandar una guerrilla!!!.....

LXL.

Aquello iba á herir el talon de Aquiles.

Embrollo entusiasta disfrazado de guerrero, iba á buscar la guerra de buena fe, llevando una espada, no á un lado, sino á *cuestas*.

Casi no podia tenerse á caballo, y aquel Sagitario todo descompuesto, hubiera deseado convertirse todo en un enorme proyectil ó en un aparato cualquiera, arrojadizo de sí mismo contra lo que le hubiese impedido andar adelante, mas bien moral que físicamente.

Aquella cosa que se movia oscilando á los pasos de su cuadrúpedo, y produciendo á la luz de la luna una sombra prolongada en las llanuras y en las faldas de las montañas, era un capitan.

Un capitan mandando mitades de ideas reclutas aún.

Espoleado el animal por el hombre y el hombre por sus proyectos, caminaban el uno paso á paso, y el otro *galopaba* de una manera puramente mental.

Máximo tenia á menudo que *desandar* para reunirse con su amigo.

Valia, pues, la pena de seguir adelante cuando tan trabajosamente se empezaba aquel camino, y seguian ambos *adelante* en todo sentido.

Quien iba á tener que detenerlos, era el gobierno.

El gobierno, que empezó por un lado á expedir *pasaportes* y á quitarse *de encima* importunos patriotas, mientras que por el otro lado fulminaba anatemas contra los que regresaban.

No puede culparse á México de haber esperado á los franceses con los brazos abiertos.

Con excepcion de los verdaderamente traidores, todo el mundo huyó.

Toda la poblacion supo evadirse, pretendiendo esquivar la sombra del estandarte frances.

Muchos han regresado porque no tenian adónde ir ni qué hacer.

El gobierno, al tomarse la capital, pudo hacer que se registrasen en un libro miles de nombres, y entre mil cosas que olvidó al hacer formar ese singular registro, olvidó tambien que muchos nombres consignados en esa especie de padron de infamia, pertenecen á hombres que lo siguieron y á quienes no aceptó.....

Quédense aquí estos recuerdos.

El decoro, la dignidad lo demandan.

Es imposible formular con exactitud la expresion de muchas cosas que pasaron en aquella época de luto, porque la fuerza, la necesidad ó no sé qué mano inflexible, pero no temida, vendria á ahogar la voz entre los labios.

¿Qué otra cosa pudo exigirse á una multitud sino que aceptara el ridículo por sacrificarse en aras del deber?

Hemos antes indicado que nuestros jóvenes soldados se hallaron, á los pocos dias de su salida de México, exhaustos de elementos, aun los mas precisos.

El gefe del cuerpo de ejército en que iban incorporados, se rehusó á ministrarles todo.

Les fué, pues, necesario abandonar por entonces *su empresa*.

Máximo regresó á interpelar en México su propia situacion. Del edificio de sus ilusiones y de sus esperanzas solo encontró ruinas.

Las esperanzas y las ilusiones de Antonio, formaban una especie de *bohordilla* que se apoyaba en aquel edificio.

¡Todo era escombros!.....

El destino habia pegado fuego á aquel pobre hormiguero. Máximo era, como ya lo saben nuestros lectores, avaro, sórdido casi, pero fuerte.

Solo pensó en la reparacion.

Antonio, cuando llegó, no pudo hacer mas que sufrir.

Al empezar estas páginas los hemos presentado á nuestros lectores.

El uno firme, reflexivo y sereno.

El otro ofuscado, moribundo de desesperacion, casi perdido.....

LXLI.

Antonio durmió por no vivir.

Bajo el hemisferio verdi-negro de su ajeno, su sueño fué una mortal enervacion.

Anduvo, durante sus ensueños, por una especie de *pesadilla* embrollada y cubierta de malezas y cardos, de torcidos *varajones* y secos *yerbajos*, que se inclinaban agobiados por el peso de sus frutos.

Los frutos que se producian en aquella especie de jardin del infierno, eran piezas de oro adheridas á la estremidad de aquellas ramas retorcidas y calcinadas como desecadas serpientes.

Antonio se arrojaba sobre aquellas monedas, y sin llegar á tocarlas, se hacia pedazos las manos con las varas.

Aquellas serpientes le ofrecian oro, y al ir á tomarlo le morcian con encono.

A cierta distancia veia á Piedad que se reia burlándolo.

Así, dormido como estaba, sentia que la pasion le destrozaba el pecho.

Sobre un horizonte color de plomo, se destacaba el talle elegante y flexible de la muchacha, ceñido por un vestido blanco de novia.

En el fondo de aquel horizonte lóbrego y sombrío, se dibujaba el contorno suave de aquella cara, con su marco de cabellos negros como el ébano, con su adorno de pálidos capullos de rosa.

No le hablaba una palabra. Solamente le veia, sonriendo de un modo malicioso.

Repentinamente los labios de la imágen se fruncieron, haciendo una mueca despreciativa.

Se despejó en aquellos momentos un tanto el horizonte, y Antonio vió con un poco de mas claridad.

Sobre el pecho de aquel hechicero fantasma habia un alfiler en el que estaba *montado* un relicario.

El relicario contenia un retrato de hombre.

Un hombre de cabellera corta, ancha cara y barba poblada, pero sin bigotes.

En las entrañas del enamorado ardieron repentinamente todos los infiernos del celo sensual.

Quiso arrojarse sobre aquella mujer, y ella prorumpió en una carcajada insultante, burlona, espantosa.

De entre los matorrales salió entonces una mano grande, fuerte, enteramente varonil, y asiendo á la muchacha por la cintura, la arrebató hácia el centro de aquella salvaje vegetacion.

Antonio vió perderse el último fragmento de la blanca falda

del vestido, que al fin desapareció del todo detrás de aquellos pavorosos, lúgubres é inverosímiles matorrales.....

Dió un grito desgarrador, y despertó muerto de angustia y sofocándose, completamente inundado en sudor.

Abrió los ojos y volvió á cerrarlos en el acto, deslumbrado. Estaba en su cuarto.

La vela, colocada sobre el *bureau* inmediato al lecho, estaba encendida hacia sin duda muchas horas, porque ya solo era un *cabo* coronado por un derrame de sebo frio y de gotas como lágrimas. La *flama* estaba enorme é inmóvil.

En el centro de ella se encorbaba el pábilo negro, deshaciéndose en cenizas blancas y leves chispas de oro.

Parecia aquello una salamandra en su elemento;

Un pequeñuelo demonio bañándose en fuego, y que se habia introducido allí para atormentar á aquel hombre dormido, con tan negras pesadillas.

Antonio se frotó los ojos y despertó completamente.

Quiso quitarse algo que sentia pesarle sobre el pecho.

Nada tenia; lo que le pesaba era su propio corazon.

Ya despierto, *vió* esto:

Que Piedad estaba á ochenta leguas de distancia;

Que los franceses estaban en México,

Y que él no estaba en parte alguna, pues que nada era, nada poseia, nada significaba en el mundo.

Sobre el *bureau* estaban la cartera, el *porta-moneda*, la pistola..... el reloj.

Consideró todos aquellos objetos con un aire de estupidez alarmante.

En el *porta-moneda* habia tres onzas y dos duros.

¡Cincuenta pesos para cubrir el programa de su felicidad!

Repentinamente un pensamiento vino á herirle la frente llenándosela de sombras y de rugas.....

La imaginacion de aquel hombre estaba enferma de gravedad.

Tomó su reloj, que era un artefacto antiguo de no sabemos qué fábrica.

Al ver el reloj, el reloj le vió á él.

Aquel objeto se le trasformó entre las manos en un gran ojo de plata y cristal.

Aquel ojo le lanzó una mirada espantosa, indefinible.

Detrás de aquel ojo salton y diabólico palpitaba algo.

Antonio llevó las manos á su corazon.

¡Latia con un apresuramiento!.....

Aquella mirada infernal le dijo:

«Son las tres de la mañana.»

Antonio lo puso de nuevo sobre la mesa, y despues, con un movimiento convulsivo arrebató la pistola, levantó la llave y apoyó el cañon contra la frente.

Se escucharon á un tiempo un grito y un ruido seco y leve.

Habian arrancado el cebo del piston.

El arma estaba vacía.

Antonio se incorporó completamente en su lecho, y percibió en el ángulo opuesto á Máximo, que dormia recostado en su sillón, y que habiendo despertado al grito, se incorporaba tambien desperezándose.....

Acercóse lentamente al lecho, y al comprender poco mas ó menos lo que habia pasado, produjo un sordo *gruñido* de impaciencia, y dijo á gritos, al oido de Antonio, estas dos únicas palabras:

— ¡Trabaja, bruto!!!.....

Y matando la luz de un *soplido*, volvió á *tientas* hasta su sillón, y allí se quedó profundamente dormido.

El reloj se habia parado á las tres de la mañana en *punto*.....